

Ortega Saavedra, Daniel, **Combatiendo por la paz**, México, Siglo XXI, 1988, 281 pp.

A lo largo de la historia, América Latina ha sido víctima de un pensamiento externo opresor e intervencionista, que ha mermado su soberanía y agredido su territorio. Esto ha provocado, en consecuencia, el surgimiento de verdaderos apóstoles de la libertad, la no intervención y la democracia. El subcontinente latinoamericano ha sido extremadamente fértil en esta última vertiente. No es por demás que esos principios son de honda raigambre en su suelo y que los mismos han sido parte fundamental en la creación del derecho internacional. Bolívar, Juárez, Martí, Carranza, Sandino, fueron, entre tantos otros, defensores intransigentes de este ideal.

Estados Unidos y América Latina comparten un continente caracterizado por el contraste y la relación asimétrica. Sus diferentes orígenes y circunstancias determinaron a las dos regiones a avanzar por distintos caminos. En ocasiones, el destino geográfico las obligó a actuar conjuntamente y a saber de la mutua cooperación; pero pronto, las más de las veces, América Latina supo también de la confrontación de intereses surgida de proyectos históricos adversos. Así, la búsqueda por parte de cada país latinoamericano de un modelo propio de desarrollo entró en contradicción con el sueño hegemónico de la potencia continental.

La lista es larga en este sentido: en 1954 el régimen nacionalista de Jacobo Árbenz, en Guatemala, es derrocado por un golpe de Estado planeado por la Agencia Central de Inteligencia; pocos años después, en 1965, los infantes de Marina estadounidenses intervienen en la República Dominicana —primero en forma llana y después ocultos bajo el disfraz legitimador de la OEA, en ese entonces instrumento dócil del macartismo— para impedir el retorno a la constitucionalidad quebrantada por las fuerzas armadas afines a Estados Unidos; la misma suerte corrió el pueblo chileno cuando en 1973 vio frustrados sus anhelos de un cambio social al ser derrocado el gobierno de la Unidad Popular

de Salvador Allende, en una acción planeada directamente desde Washington; y ni siquiera la minúscula Granada se salvó de la agresión del imperio, pues en 1983 el gobierno de Maurice Bishop fue aplastado por la intervención de los *marines*.

Hoy es Nicaragua quien por enésima vez enfrenta esa amenaza. Un país que durante más de cuatro décadas ignoró la existencia de instituciones democráticas y de reformas sociales; que jamás supo de decisiones soberanas en su actuar internacional, y de quien, en fin, nadie, entre los que hoy censuran en el mundo la defensa sandinista de la libre autodeterminación de los pueblos, se ocupó de denunciar la injusticia social y la mansedumbre política en que vivió por años la inmensa mayoría de sus habitantes.

Por ello, a pesar del enfoque parcial e ideológicamente viciado que intenta mostrar al gobierno sandinista ante la opinión pública internacional como un régimen totalitario, antidemocrático y subversor de la paz en la región, las acciones emprendidas por Nicaragua tanto al interior como al exterior del país han logrado, hasta ahora, contrarrestar las voces irresponsables que demandan la intervención militar directa de Estados Unidos.

Consciente del grave peligro que significa dar argumento al enemigo, la Revolución hecha poder el 19 de julio de 1979, se legitimó en las urnas en noviembre de 1984, mediante votaciones realizadas con plena participación de los distintos grupos políticos nicaragüenses (la llamada "oposición legal") y ante la presencia de numerosos observadores internacionales. Nicaragua pudo darse, así, un régimen parlamentario plural que votó, en enero de 1987, una nueva Constitución, apoyada a su vez sobre tres pilares fundamentales: pluralismo político, economía mixta y no alineamiento internacional. Asimismo, la amplia amnistía decretada en diversas ocasiones por el gobierno sandinista, acompañada de una serie de seguridades que permiten la cabal reintegración de la oposición armada a la vida nacional, es un buen síntoma de la voluntad del gobierno de fomentar un clima de concordia nacional.

Pero la Revolución no sólo ha transformado la realidad política del país. En medio de la agresión económico-militar de Estados Unidos y sus aliados (como lo demostró el bochornoso escándalo *Irán-contras*), el gobierno popular sandinista lleva a cabo una profunda transformación social, inédita en su historia. No tendríamos más que detenernos en algunos logros de 1987 para convencernos: una reforma agraria que benefició a 9 mil 200 familias campesinas; un seguro social que ha ampliado el número de sus derechohabientes a casi una tercera parte de los habitantes, entre los que se encuentran por primera vez los campesinos, y un sistema educativo que cubre a más de un millón de nicaragüenses de todas las edades (pp. 224-227). Esto, debemos recordarlo, con una población de aproximadamente 3 millones de habitantes y a una distancia de

ocho años de iniciarse la reconstrucción nacional.

La batalla que libra el gobierno sandinista en el frente externo no es menos ilustrativa. Un seguimiento cuidadoso de las acciones emprendidas en el terreno de la diplomacia, revela la habilidad con que se buscan —y se ganan— apoyos para llevar la paz a Nicaragua y así posibilitar el desarrollo social de la población. De ello da perfecta cuenta el libro *Combatiendo por la paz*, de Daniel Ortega Saavedra, coordinador de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional durante el periodo 1981-1984 y, a partir del 10 de enero de 1985, presidente de la República de Nicaragua.

Integrado por una selección de 26 discursos internacionales —la mayoría de ellos pronunciados ante Naciones Unidas y diversos foros del Movimiento de Países No Alineados— el libro es notablemente aleccionador. Nos permite conocer, como apunta en el prólogo el escritor mexicano Carlos Fuentes, las diversas oportunidades que se han abierto para la paz, formuladas tanto por parte de Nicaragua como por otros países de la región, y la forma en que éstas se han diluido ante la obsesión belicista de Estados Unidos.

Por eso, una constante aparece insistentemente al leer el libro, y no es otra que el rechazo a la política hegemónica estadounidense. Por eso quizá también pueda parecerle a su lector muy reiterativa la denuncia que aparece en cada uno de los textos. No es para menos: desde el primer discurso de *Combatiendo por la paz*, pronunciado en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, en La Habana, con fecha 6 de septiembre de 1979, hasta el último de ellos, al imponer la Orden Augusto César Sandino al presidente de Mozambique, Joaquín A. Chissano, signado el 7 de abril de 1988, habrán transcurrido casi nueve años de soportar una agresión que para Estados Unidos puede ser de "baja intensidad", pero que para Nicaragua representa un incalculable costo humano y material. Nueve años que son también el total de la existencia del nuevo Estado nicaragüense, el cual durante los ocho años de gobierno de Ronald Reagan y su programa de política exterior, elaborado desde aquellos años felices cuando era el precandidato del Partido Republicano, ha figurado como problema de primerísima importancia. Su objetivo ha sido el derrocar al más sólido régimen revolucionario que terminó con el primer bastión militar estadounidense en América Latina.

En tal clima de agresión externa ningún apoyo es mínimo en la defensa de esta gran patria. Por ello mismo es loable la decisión de Carlos Fuentes de retomar la estafeta que dejase el extinto Julio Cortázar para llevar por el mundo el clamor de libertad del pueblo nicaragüense.

Desde las entrañas mismas del monstruo —como señalara el escritor Ernesto Cardenal, ministro de Cultura nicaragüense, al concederle la Orden de la Libertad Cultural Rubén Darío— Carlos Fuentes defiende el sueño de Benjamín Zeledón, Augusto César Sandino, Carlos

Fonseca Amador, Daniel Ortega, Tomás Borge, y tantos otros que desde los inicios del siglo hasta nuestros días, luchan por hacer de Nicaragua —como lo escribiera ya en el lejano 1910 Rubén Darío— un país "que no pide más que desarrollar, en la paz y el orden, su industria y su comercio; que no quiere más que conservar su modesto lugar al sol y continuar su destino con la seguridad de que, no habiendo cometido injusticia hacia nadie, no será blanco de represalias de nadie."

Fernando Tapia Jardón